

# *Héctor A. Murena*

## VISIONES DE BABEL

### **Introducción** (fragmento)

Escribir una introducción a la obra de H. A. Murena es tan paradójico como su mismo tema: un autor al que se conoce mucho menos de lo que exigiría su importancia y que al mismo tiempo ha conseguido despertar mayor atención o notoriedad, al menos en la Argentina, de lo que permite la accesibilidad de sus obras, en su mayoría agotadas desde hace muchos años.

Murena nació en 1923 y murió en Buenos Aires en 1975. En su obra frecuentó todos los géneros: el ensayo, la novela, el cuento, la poesía y el teatro. Pocos días antes de su muerte había publicado *El águila que desaparece*, un libro de poemas sumamente extraño, parco, seco, que como detalle encantador carece de paginación. Dejaba también una obra póstuma, *Folisofía*, con la que pensaba cerrar el ciclo narrativo "El sueño de la razón", iniciado en 1969 con *Epítalámica*, y a la que habían seguido *Polispuercón* (1970) y *Caína muerta* (1971), novelas estas de lectura independiente con las que pretendía sumar su nombre al de Goya, Apuleyo, Quevedo, Jonathan Swift, Ludvig Holberg, El Bosco, Sade y los anónimos autores de las gárgolas medievales, es decir, la de aquellos que por medio de la monstruosidad caricaturesca intentaron expresar su nostalgia de la Ciudad Celestial, cada día más ausente de este mundo. *Caína muerta* y *Folisofía* (neologismo que puede entenderse como "sabiduría de la locura") son sus obras más irreverentes y extremas. Su lectura pone de manifiesto muchas burlas: el principal burlado es el idioma mismo, pero también es burlada esa literatura basada en juegos intertextuales, pasatiempos verbales, y el abuso tan comercializado de lo sexual y la violencia a los que, después de Joyce y su *Ulises*, son tan dados los escritores contemporáneos. Este autor vivió una vida dedicada casi monomaniáticamente a la escritura y a la lectura, voraz e ilimitada. Y esta última siempre encontró reflejo en la primera.

En realidad, a Murena nunca le faltó la atención de la crítica, pero gran parte de ese interés fue periodístico. La crítica académica durante mucho tiempo tendió a ignorar a este elefante de la fauna literaria, pero últimamente ha producido cierto número de estudios

doctos. En la Argentina, en las dos últimas décadas el mercado se distribuyó entre algunas revistas: *El Innombrable*, *La Caja*, *Nombres*, *El Jabalí*, *Abyssinia*, *La Anunciación*, *Confines* han sabido dar cuenta, sobre todo, de dos hechos: una presencia inestimable que estaba siendo bastardeada y una ausencia que, más allá de cualquier reflexión, era necesario remediar con la reedición de sus obras. La *Historia crítica de la literatura argentina* dirigida por Noé Jitrik le dedica un capítulo, así como la *Historia crítica de la sociología argentina*, compilada por Horacio González, lo mismo que *La Argentina en clave de metáfora. Un itinerario a través del ensayo* de Leonor Arias Saravia. Existe un solo estudio crítico del conjunto de su obra, el de Teresita Frugoni de Fritzsche, un volumen valioso por el simple hecho de haber sabido organizar sistemática y exhaustivamente la totalidad de la obra de Murena, pero al mismo tiempo un libro que ha corrido la misma suerte que el objeto de estudio y que no ha conocido reedición alguna. La *Enciclopedia de la literatura argentina* de Pedro Orgambide y Roberto Yahni, le dedica un artículo, y también, con discutible éxito, *el Diccionario de autores latinoamericanos* de César Aira. Pero aún así, sigue siendo cierto que comparado con otros escritores argentinos contemporáneos de cualquier tipo, Héctor A. Murena ha recibido menos atención crítica de lo que merece su obra.<sup>1</sup>

Injusta paradoja. Algunos de sus libros (pocos) pueden encontrarse hoy en las librerías.<sup>2</sup> *Los penúltimos días*, un diario escrito "con intención criminal y con íntima voluntad de santo" (pero aplicando ese espíritu a la consideración de los acontecimientos públicos más que a los privados), que apareció en la revista *Sur* entre mayo de 1949 y abril de 1950, aparecerá próximamente en España, así como también *Ensayos sobre subversión*. En Italia se acaba de traducir *Homo atomicus*. Estas líneas habrán logrado su objetivo si al final el lector conviene en que Héctor A. Murena merece nuestra atención como pensador eficaz y escritor creativo de una prosa innovadora y desafiante, que puede ejercer todavía una significativa influencia lingüística y estilística en quienes se atreven a penetrar en esa selva que es su obra, llena de reductos secretos, peligros y venenos.

Guillermo Piro

#### Notas:

<sup>1</sup> Existe un modo de explicar el "olvido" en que la literatura, la sociología y la filosofía argentinas han sumido a Murena. La historia contemporánea de la sociología argentina está signada por la influencia de Gino Germani y su presencia en la Universidad de Buenos Aires entre 1955 (año de la creación del Departamento de Sociología en la Facultad de Filosofía y Letras) y 1966. Germani dirigió colecciones de libros, ofició de difusor de las grandes corrientes

sociológicas mundiales y se ocupó de desplazar a autores como Ezequiel Martínez Estrada, por considerarlo carente de rigor y demasiado "literario" o fantasioso para una disciplina en formación. A propósito del autor de *Radiografía de la Pampa*, Germani dijo: "Hice un análisis de toda su obra para ver qué había en ella de rescatable. No hay casi nada". Esas palabras oficiaron de epitafio para el reconocimiento académico de Martínez Estrada y, por extensión, entre otros, de su discípulo, Héctor A. Murena (quien, para justificar aún más las razones de su aplazamiento, en 1965, en el prólogo a la segunda edición de *El pecado original de América*, señalaba sus dudas respecto de la interpretación de la realidad por medio de la sociología, "supuesto sistema de conocimiento que se titula científico porque se fundamenta en cifras estadísticas", que se había apoderado "del Mundo intelectual americano con la pujanza de quien poseyese las llaves del abismo". Según la tesis de Murena planteada en ese libro, la sociología no hace más que arrastrarnos hacia el anonimato existencial, y dado que nuestros malestares y problemas son fruto de nuestra "dificultad de ser", la sociología no puede servirnos gran cosa. Usurpadora del saber cuyo puesto usurpó, dice Murena, "la sociología fulmina con aire absoluto, calificándolo de fantasioso, todo intento de conocimiento que no se someta a sus cánones pretendidamente exactos").

<sup>2</sup> Se trata de *Folisofía*, Eudeba, 1997; *Polispuercón*, Corregidor, 2001, y *Poesía completa*, Corregidor, 2001.

# Primer testamento (1946)

## Prólogo

En el camino sin retorno que recorre la humanidad prevalecen las sombras. Del lejano mediodía sólo quedan los fugaces y pálidos fulgores de los recuerdos. Y en esta hora nocturna, a los costados de esa interminable columna que avanza y avanza, se agitan ahora tumultuosamente, profiriendo extraños gritos, informes monstruos de sombras. Todos han sentido el roce de un ala fría y mucilaginosa y después el crudo temblor que sacude al aterrado. Y los que tienen ojos han visto ya a los primeros levantarse sobre sus estaturas, turbados, y caer luego con el rostro duro entre las iluminaciones de grisáceos relámpagos. Son los subterráneos de la muerte. Es la muerte que hoy, multiplicada, acecha por todas partes al único ser que se atrevió a levantarse contra ella.

Los tiempos han decretado que esta rebeldía sea hoy la espada que mucho hay que blandir. Y el autor ha querido que ella fuera su tema porque en la historia de ese grave drama de la lucha del hombre con la muerte, en la historia de esa invencible repugnancia que abre distancias de siglos entre un hombre vivo y un cadáver, se acusa con insuperable claridad lo radical de la naturaleza de la estirpe humana.

Rebeldía contra la muerte y castigo de muerte; así estaba escrito el singular destino del hombre.

Prometeo robó el fuego divino y para que se cumpliera la más alta justicia, fue encadenado a una montaña y los buitres devoraron su corazón. Se levantó contra lo establecido: quiso vencer a la muerte, quiso ser sabio e inmortal como los dioses y se le condenó a que viera aumentados sus errores y sus muertes. Los simples animales que no pudieron ver a los dioses y que, desde el principio, marcharon de acuerdo con lo que había sido ordenado, no conocen el error en sus rectas vidas y tienen una sola muerte que además ignoran. Pero el hombre levantó su cabeza, los vio, y a partir de ese instante se planteó su drama, el drama de su anhelo fatal: por cada una de las puertas que abre en el mundo, tratando de hallar el camino que lleva a la morada de los inmortales, ve con horror entrar a la muerte. El hombre, ese monstruo que no es de este mundo, que es superior a él y lo sabe, sólo puede despreciar lo que ve y rebelarse contra ello, contra lo bajo, contra lo que va a morir. Rebelión: orgías de fuego divino. Pero después viene el encadenamiento a la montaña y mientras el fuego consume infatigablemente su pecho, el hombre experimenta todas las amarguras de la impotencia frente a la vida que fluye delante suyo.

Es que sus piernas están clavadas en la tierra, es que hay algo en él que pertenece a la tierra: es un dios esclavizado por la muerte. ¡Terrible sarcasmo! ¡Un inmortal que sólo vive mientras consiente en ser esclavo de la muerte! Esta mísera situación que mina al hombre desde su raíz nos advierte ya que todos sus actos no pueden ser más que frustradas tentativas de inmortalidad, o de perfección, que es lo mismo. Y, en verdad, aun el más grande de los triunfos del hombre es siempre una frustración. El mismo fuego con que quiere escapar a su destino de aniquilamiento es el que lo aniquila. Porque el fuego, que es grande, no es de este mundo, y lo que no es de este mundo debe sufrir hasta la muerte en él. La inflexible ley establece que lo superior debe pagar su superioridad, y el hombre debe pagarla. Es un desterrado que no quiere someterse a la justicia del nuevo país, y que cuanto más se rebela contra ella, cuanto más insiste en sus antiguos privilegios, más castigado es. Miradlo: recién ha llegado, recién ha nacido, es un niño o un hombre prehistórico, está siempre en el éxtasis de su animalidad, está sumergido en la vida como en una ensoñación, pero basta que se encienda la primera chispa, basta que se contemple apenas turbiamente, para que esa entrega inconsciente de su ser por el amor, esa fluencia incontrolada de su plenitud, lo aterre como la muerte y para que sólo quiera alejarse del mundo y de la vida, a fin de reservarse para sí y verse por entero y enseñorearse de todo lo que lo rodea. Ese terror por la muerte se transforma de inmediato en indignación ante la somnolencia que siente como una mutilación de su ser, como la muerte de ese principio que acaba de iluminarlo, y todo acaba resolviéndose en una sola actitud: rebelión contra la muerte de lo inmortal. Su ideal es ahora la realización plena de ese principio: quiere levantarse sobre lo que desaparecerá, aspira a detenerse, a alumbrarse con el fuego, a contemplarse recortado en el marco de los mundos que giran ignorándose y a hacer de esa visión, como un dios, su único alimento. Desde ese momento separa y levanta todos los velos del misterio. Con orgullo, desprecia a todo lo que se agita ciegamente y, riendo, deja caer sus puños sobre los antiguos ensueños. Cree haber burlado la condena de los dioses y también para ellos tiene una carcajada: su ensoberbecimiento llega al exceso de hacerle creer que las fuerzas del mundo son esclavas a quienes puede manejar a su antojo. Pero luego son los cielos los que ríen. Un día, después de este hartazgo de visiones y de vastos proyectos, siente que la parálisis se adueña de su cuerpo, quiere mover sus manos y ve que es un monstruo que sólo tiene ojos. Es el encadenamiento a la montaña, es la muerte, la ley del mundo donde está desterrado, que se cumple anticipadamente para castigar la rebeldía y el envanecimiento. Pasa entonces por el más trágico de los momentos, por el horroroso instante en que un dios se siente morir. Y mientras este enemigo de la muerte piensa en la lejana fuente de vida, entiende que también la plenitud de lo divino ha sido triunfo de su rival, éxtasis indigno y mutilación de su ser, porque ha pecado nuevamente de muerte. Comprende que lo divino, a la larga,

ha sido satánico y destructor en este mundo. Ve con claridad toda su vida y examina sus errores. Aprende que la mejor forma de postergar el cumplimiento de su condena, de vencer a la muerte, consiste en no rebelarse excesivamente y en no someterse excesivamente. La condena, lo sabe ya para siempre, no puede evitarse; sólo es posible postergarla. Hasta ahora ha muerto de un orgullo que en realidad era nostalgia. Es preciso aceptar, conciliar, equilibrar. Equilibrio entre las leyes de lo que muere y de lo que no muere, conciliación entre las dos naturalezas del hombre: tal es el ideal, y ese ideal es también un instante de su pasado que atravesó con ceguera, un instante que quiso abandonar en su obstinada persecución de la divinidad absoluta. Pero entonces, con las fuerzas que aún le quedan, intentará retroceder para alcanzar nuevamente la fresca fuente de la vida. Y este último esfuerzo no será de ninguna forma una renuncia, porque no es que acepte todo para subsistir en este mundo, sino que apela a todo para vencer a la muerte y salir de este mundo con vida, que es su supremo ideal. Pero el tiempo ha pasado y esto es también ya rebelión, rebelión que tiene castigo de muerte. Sí, todos los caminos de la voluntad llevan más rápidamente a la muerte, y esta suprema tentativa agotará mucho antes las últimas reservas. Esta tentativa será arrojar al abismo que una vez, con el fuego, abrió entre su ser y la vida. Será abalanzarse sobre la muerte, tomarla por la garganta, ser su amo por un instante, sacudirla, y obligarla a que lo destruya para aniquilar así al mundo que es su cárcel. Esa infinita y furiosa nostalgia de ser Dios ha acabado en un remedo funesto: los dioses crearon el mundo para castigar al hombre, y el hombre sólo puede igualarse a ellos destruyéndolo. Se levantó para igualarse a los inmortales y únicamente pudo hacerlo matándose. ¡Qué trágica diferencia en esta igualdad! Pero así estaba escrito: rebeldía contra la muerte y castigo de muerte. Tal es el singular destino del hombre.

## El gato

¿Cuánto tiempo lleva encerrado?

La mañana de mayo velada por la neblina en que había ocurrido aquello le resultaba tan irreal como el día de su nacimiento, ese hecho acaso más cierto que ninguno, pero que sólo atinamos a recordar como una increíble idea. Cuando descubrió, de improviso, el dominio secreto e impresionante que el otro ejercía sobre ella, se decidió a hacerlo. Se dijo que quizás iba a obrar en nombre de ella, para librarla de una seducción inútil y envilecedora. Sin embargo, pensaba en sí mismo, seguía un camino iniciado mucho antes. Y aquella mañana, al salir de esa casa, después que todo hubo ocurrido, vio que el viento había expulsado la neblina, y, al levantar

la vista ante la claridad enceguecedora, observó en el cielo una nube negra que parecía una enorme araña huyendo por un campo de nieve. Pero lo que nunca olvidaría era que a partir de ese momento el gato del otro, ese gato del que su dueño se había jactado de que jamás lo abandonaría, empezó a seguirlo, con cierta indiferencia, con paciencia casi ante sus intentos iniciales por ahuyentarlo, hasta que se convirtió en su sombra.

Encontró esa pensionsucha, no demasiado sucia ni incómoda, pues aún se preocupaba por ello. El gato era grande y musculoso, de pelaje gris, en partes de un blanco sucio. Causaba la sensación de un dios viejo y degradado, pero que no había perdido toda la fuerza para hacer daño a los hombres; no les gustó, lo miraron con repugnancia y temor, y, con la autorización de su accidental amo, lo echaron. Al día siguiente, cuando regresó a su habitación, encontró al gato instalado allí; sentado en el sillón, levantó apenas la cabeza, lo miró y siguió dormitando. Lo echaron por segunda vez, y volvió a meterse en la casa, en la pieza, sin que nadie supiera cómo. Así ganó la partida, porque desde entonces la dueña de la pensión y sus acólitos renunciaron a la lucha.

¿Se concibe que un gato influya sobre la vida de un hombre, que consiga modificarla?

Al principio él salía mucho; los largos hábitos de una vida regalada hacían que aquella habitación, con su lamparita de luz amarillenta, y débil, que dejaba en la sombra muchos rincones, con sus muebles sorprendentemente feos y desvencijados si se los miraba con las paredes cubiertas por un papel listado de colores chillones le resultaba poco tolerable. Salía y volvía más inquieto; andaba por las calles, andaba, esperando que el mundo le devolviera una paz ya prohibida. El gato no salía nunca. Una tarde que él estaba apurado por cambiarse y presencié desde la puerta cómo limpiaba la habitación la sirvienta, comprobó que ni siquiera en ese momento dejaba la pieza: a medida que la mujer avanzaba con su trazo y su plumero, se iba desplazando hasta que se instalaba en un lugar definitivamente limpio; raras veces había descuidos, y entonces la sirvienta soltaba un chistido suave, de advertencia, no de amenaza, y el animal se movía. ¿Se resistía a salir por miedo de que aprovecharan la ocasión para echarlo de nuevo o era un simple reflejo de su instinto de comodidad? Fuera lo que fuese, él decidió imitarlo, aunque para forjarse una especie de sabiduría con lo que en el animal era miedo o molicie.

En su plan figuraba privarse primero de las salidas matutinas y luego también de las de la tarde; y, pese a que al principio le costó ciertos accesos de sorda nerviosidad habituarse a los encierros, logró cumplirlo. Leía un librito de tapas negras que había llevado en el bolsillo; pero también se paseaba durante horas por la pieza, esperando la noche, la salida. El gato apenas si lo miraba; al parecer tenía suficiente con dormir, comer y lamerse con su rápida lengua. Una noche muy fría, sin embargo, le dio pereza vestirse y no salió; se durmió en seguida. Y a partir de ese momento todo le resultó

sumamente fácil, como si hubiese llegado a una cumbre desde la que no tenía más que descender. Las persianas de su cuarto sólo se abrieron para recibir la comida; su boca, casi únicamente para comer. La barba le creció, y al cabo puso también fin a las caminatas por la habitación.

Tirado por lo común en la cama, mucho más gordo, entró en un período de singular beatitud. Tenía la vista casi siempre fija en las polvorientas rosetas de yeso que ornaban el cielo raso, pero no las distinguía, porque su necesidad de ver quedaba satisfecha con los cotidianos diez minutos de observación de las tapas del libro. Como si se hubieran despertado en él nuevas facultades, los reflejos de la luz amarillenta de la bombita sobre esas tapas negras le hacían ver sombras tan complejas, matices tan sutiles que ese solo objeto real bastaba para saturarlo, para sumirlo en una especie de hipnotismo. También su olfato debía haber crecido, pues los más leves olores se levantaban como grandes fantasmas y lo envolvían, lo hacían imaginar vastos bosques violáceos, el sonido de las olas contra las rocas. Sin saber por qué comenzó a poder contemplar agradables imágenes: la luz de la lamparita -eternamente encendida- menguaba hasta desvanecerse, y, flotando en los aires, aparecían mujeres cubiertas por largas vestimentas, de rostro color sangre o verde pálido, caballos de piel intensamente celeste...

El gato, entretanto, seguía tranquilo en su sillón. Un día oyó frente a su puerta voces de mujeres. Aunque se esforzó, no pudo entender qué decían, pero los tonos le bastaron. Fue como si tuviera una enorme barriga fofa y le clavaran en ella un palo, y sintiera el estímulo, pero tan remoto, pese a ser sumamente intenso, que comprendiese que iba a tardar muchas horas antes de poder reaccionar. Porque una de las voces correspondía a la dueña de la pensión, pero la otra era la de ella, que finalmente debía haberlo descubierto.

Se sentó en la cama. Deseaba hacer algo, y no podía.

Observó al gato: también él se había incorporado y miraba hacia la persiana, pero estaba muy sereno. Eso aumentó su sensación de impotencia. Le latía el cuerpo entero, y las voces no paraban. Quería hacer algo. De pronto sintió en la cabeza una tensión tal que parecía que cuando cesara él iba a deshacerse, a disolverse.

Entonces abrió la boca, permaneció un instante sin saber qué buscaba con ese movimiento, y al fin maulló, agudamente, con infinita desesperación, maulló.

## ***Excursus IX***

*Si la mente llegara a palpar sus límites, si percibiendo el círculo de misterio que rodea a toda criatura se empeñase no en negarlo sino en propiciárselo mediante una entrega activa, ésta se convertiría en singular alimento.*



*La mente podría entonces, donde quiera que se hallase, volverse a considerar la realidad que la rodea y, con la nueva mirada, leer no sólo la índole fantasmal de esa realidad, sino también descubrir que para tal mirada todo es por igual valioso, incluso las situaciones más desesperadas, todo entona la misma lección: la vida es un abismo que se atraviesa aleteando mediante la fe por los aires del misterio.*

*Si llegara a experimentar esto, la mente acaso podría empezar a librarse de sus propios lazos: empezar a ser mente de verdad.*

## **Eremitorios**

Se iban al desierto, a la Tebaida, en el norte de Egipto. El éxodo empezó a fines del siglo III y en el IV sumaban cinco mil los que seguían el ejemplo de San Antonio. Los padres del desierto. Eran la sal de una cristiandad que creía inminente el juicio último. Eran antisociales. Eran antinaturales. Eran locos: querían que la eternidad se cumpliera por adelantado en sus vidas. El yermo les servía para sustraerse a los reclamos de la ciudad, del mundo, para concentrarse en su propósito sin medida. Si hacían votos de pobreza, castidad y obediencia, en general no habían alcanzado el sacerdocio. Tampoco les importaba el sacerdocio. Se proponían un camino de aspereza mayor, absurda. El castigo de los sentidos, el ayuno, la vigilia constante, la amenaza de las fieras: no sólo a eso se entregaba el anacoreta. Se imponía una ascesis más terrible: privación del contacto con sus semejantes. Diez años en una tumba de la que apenas sacaban un brazo para tomar el pan que les habían tirado. O carbonizándose al sol. O encegueciéndose en una cueva oscura. Literalmente. Y en la soledad, las tentaciones. El demonio bajo forma de pensamientos malignos, de imágenes seductoras o agresivas. Mujeres embriagadoras que entran a la celda para acariciarlos, legiones de monstruos que los torturan, pinchan, arrastran. Día y noche. Hasta la fiebre y la agonía. Para que se extravíen, para que se rindan. ¿Fantasías psicopáticas o realidades sobrenaturales? Tempestades de todos modos, siempre. Se necesitaba una fe feroz, un ofuscamiento extrahumano para atravesar esos avernos. Cuando pasaban, los esperaba el peligro más sutil: la calma chicha del mar de la acedia, el disgusto general, por sí y por todo lo existente, la aridez del alma que hacía de cada jornada algo infinito e insoportable, el día de cien horas muertas, sin sentido. Milagroso furor era necesario para vencer tantas pruebas y llegar al ideal de la hesiquía, a ese vivo silencio del corazón y de la mente en el que Dios podría crecer en ellos como una gran flor. De muchos de los que lo lograron se ha dicho que había que tocarlos para convencerse de que no eran ángeles, sino humanos.

También nosotros, aunque diferentemente.

Nuestro ciudadano ¿no está solo en forma inexorable, separado de sus iguales pese a tenerlos junto a sí? Justamente porque los tiene tan junto a sí. El hacinamiento de las grandes masas en los columbarios actuales fuerza un contacto físico, animal, que excluye la distancia exigida por la comunicación humana. Y los mínimos,

accidentales claros son saturados hasta tal punto por un exceso de mensajes sonoros, visuales, escritos, dirigidos a todos, que nadie es capaz de hablar de verdad con nadie. En apariencia este hombre no sufre, sin embargo. Es porque se ha ejercitado largamente en sufrirlo todo, en obedecer, voto ineludible para entrar a la ciudad. Hasta puede elegir el papel de rebelde, si le gusta. Pero dentro de las leyes del juego, del respeto por Babel: más allá está el aniquilamiento. Y debe saber acomodarse a la pobreza, porque la vida es pobre en la ciudad: dura vigilia por el dinero, que asegura el ser, trabajos abstractos, atención a las necesidades fisiológicas, algunas diversiones insípidas o brutales. El cumplimiento de la castidad ya se logra. Con las llamadas desmitologizaciones, con el manoseo de los racionalismos analíticos, con las obscenidades de la liberación sexual, ¿no hemos conseguido convertir los actos del amor en una operación mecánica, pronto repulsiva? Soledad, obediencia, pobreza, castidad. En tal ascesis no falta la lucha contra los sentidos: respiramos gases malolientes, nuestros oídos han sido tapiados por estridores y rugidos cada vez más atroces, corrompidos por músicas innobles, nuestro paladar desaparece bajo sabores irreconocibles, nuestra vista es estragada por el torbellino de excesivas imágenes, de panoramas horribles en su artificialidad. Veinte años en la tumba del trabajo en la cueva lóbrega del domicilio. Afuera rondan la fiera máquina y la fiera hombre. Y por doquier el demonio. Astuto, persuasivo, vil, potente, el demonio llena con sus legiones los aires, atraviesa los muros para perseguir al ciudadano con imágenes, sonidos, escritos arrobadores, agresivos, una inundación. Busca poseerlo. Y lo logra. Hace que se desplace a donde no quería, que se vista como no le gustaba, que diga lo que no piensa, que piense lo que no soñaba. El ciudadano nunca es él, es otro. Poseído. Un títere. Y el demonio es la propaganda, el arte con que Babel nos obliga a firmar el pacto de comprar sus maquinaciones. Tras esas postradoras batallas crece siempre en nosotros la acedia. Y estalla los días de descanso, cuando los trabajadores son desuncidos. Brota en oleadas de las caras de las multitudes que con lentitud ruedan entonces por las ciudades mordisqueando unos *circenses* que ya no los atraen. ¡Es tan triste divertirse! No pasan nunca esos días de mil horas. Porque para estos seres en el letargo de la mortificación ni ellos ni el Mundo ni nada posee ya valor alguno.

También nosotros, en efecto.

Los padres del desierto ¿caminaron sobre las aguas, curaron a los enfermos, resucitaron a los muertos, hablaron con las bestias en su propio lenguaje? Se dice. De todos modos, irradia siempre de sus testimonios una alegría sin par, la de la energía espiritual extraordinaria. Nosotros, en los eremitorios de las ciudades, hemos dado en sufrir las mismas pruebas, intentar proezas similares, demostrar pareja obstinación. Sin embargo, lo que termina por abrirse en nuestro interior es la ponzoñosa flor de la irrealidad, de la muerte espiritual en vida. Si no fuera por la desesperanza que

exhalamos, a veces sería necesario tocarnos para comprobar que somos humanos y no animales.

Todo porque nos decidimos a no creer en aquello cuya existencia no era demostrable ante el tribunal de la razón. Dios, espíritu, alma, esperanza, fe. Las palabras hoy impronunciables. Decidimos que tras ellas no había nada. Y nada es lo que hoy tenemos.